

Prolegómenos a una teoría del comparatismo latinoamericano

Marcela Croce
Universidad de Buenos Aires

Entre las múltiples urgencias que acosan hoy al área latinoamericana, no puedo postular ninguna alternativa económica superadora de la dependencia, ninguna propuesta sociológica que resuelva las cuestiones poblacionales cada vez más complejas –que ya no se refieren exclusivamente al modo de intervenir en torno a los pueblos originarios o a la manera de integrar a los inmigrantes, sino que deben hacerse cargo de los desplazamientos virulentos que provoca el avance del narcotráfico en algunas regiones o de las migraciones interamericanas de sujetos acorralados por los déficits de sus naciones–. Pero propongo avanzar en una preocupación que lleva décadas de arrastre: la de inventar una teoría cultural, sin renunciar a las que encuentran enunciación exitosa y canales de difusión eficaces en las academias metropolitanas, aunque evitando encandilarse con sus brillos malsanos. El arco que cubre desde el poscolonialismo hasta la subalternidad, entrecruzado por los enfoques feminista y *queer*, parece obnubilar a muchos intelectuales locales que descreen de pensar a América Latina fuera de la previsión simplificadora de la supranacionalidad que pretende homologar por la carencia.

En un texto luminoso, Julio Ortega sistematizó tres grandes modos de conceptualizar a Latinoamérica: el discurso de la abundancia en el que incurrieron los cronistas de Indias, alucinando un paraíso allí donde lo que se ofrecía a la vista superaba la cotidianidad europea; el de la carencia que fue su contracara y a la vez su resultado, al cabo de la prolongada e impiadosa expoliación a que fueron sometidos los territorios americanos; y el de la utopía, que alimentó las expectativas independentistas de la avanzada del pensamiento americano del siglo XIX, sintetizadas en los desvelos anfictionicos de Simón Bolívar, recogidos un siglo más tarde por Augusto César Sandino. Me aferro a este último aspecto, el de la utopía, donde encuentro antecedentes de la voluntad unificadora americana que parecen responder al acoso de la balcanización caribeña. Tres antillanos que tuvieron la experiencia de una fragmentación dolorosa se empeñaron en darle a la utopía de América una enunciación precisa: el cubano José Martí que enarboló la insignia de Nuestra América, el portorriqueño Eugenio María de Hostos que deploró cualquier anticipo del Estado Libre Asociado en que se convertiría su isla natal, y el dominicano Pedro Henríquez Ureña que lexicalizó la idea en el título de su ensayo de 1925.

La vocación anfictionica no debe confundirse con la simplificación de concebir a América Latina como pura adición de naciones. Ya Ana Pizarro advertía sobre ese inconveniente en la presentación de un volumen que confiaba en los procesos y no se exaltaba en soluciones. En esa voluntad de detenerse en la puesta en marcha y el avance antes que obnubilarse en el punto de llegada radica lo que procuro plantear aquí: no apelo a una ontología de lo latinoamericano, de la que me confieso incapaz, sino que apunto a una metodología que permita abordar la producción de América Latina en su originalidad. No pretendo minar la confianza en teorías extranjeras, cuya utilidad es innegable en multitud de casos, sino insistir en la urgencia de enunciar —o al menos de promover— un método propio que no responda a patrones centralistas.

Se me objetará que prefiera el comparatismo, con sus resabios europeístas, concediéndole una ventaja que me obstino en negarle al poscolonialismo, con la precisión de un nombre-insignia. Tengo una respuesta operativa para tal objeción: el comparatismo no ha sido desarrollado en todas sus virtualidades. Excluyo en este caso al comparatismo eurocentrista autosatisfecho que prodigó etiquetas a todo lo que dejó en la órbita de lo periférico para afirmar su verticalismo, tanto como al que acude al método con un ojo puesto en los textos y el otro fijado en el principio de jerarquía. Rehúso detenerme en el ridículo de quienes sostienen que solamente se puede hacer comparatismo en Europa, a lo sumo añadiendo a los Estados Unidos, o el de quienes catequizan con la exigencia de que se comparen exclusivamente producciones en diferentes lenguas, y propongo entonces algunas alternativas que no han sido contempladas o que recibieron apenas una visitación fugaz.

La primera apunta a desestabilizar el comparatismo tradicional entre literaturas “centrales” y “periféricas” suprimiendo cualquier jerarquía entre ambas. Se trata entonces de poner en relación a la literatura europea o norteamericana con la latinoamericana en un pie de igualdad. Incluso más: apropiándose de aquellos textos que se refieren a América Latina, independientemente del origen de su autor y de su lugar de producción. Fue así como Ángel Rama incorporó las *Cartas Americanas* del Barón de Humboldt a la Biblioteca Ayacucho y es en ese sentido que sostengo que Joseph Conrad es latinoamericano cuando escribe *Nostramo* y que Graham Greene excede incluso el latinoamericanismo frugal de quienes se mantienen en los límites estrictos de la lengua hispánica. Es él quien denuncia la existencia de los *tonton-macoutes*, fuerzas de choque fomentadas en Haití por la dictadura feroz de “Papá Doc” Duvalier, cuando escribe *Los comediantes*, en una serie expansiva que recorre México en *El poder y la gloria*, Argentina

y Paraguay en *El cónsul honorario*, Panamá en *El general* y, por supuesto, *Nuestro hombre en La Habana* durante la antesala de la Revolución Cubana, en 1958.

Existe multitud de casos en que una ejecución metodológica de esta índole se vuelve no solamente productiva sino prácticamente inevitable. Tomo en primer lugar un ejemplo clásico: la lectura de *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha no puede prescindir de la del Barón de Humboldt. (No me detengo aquí en algo que considero tan natural que no requiere explicación: la inclusión de Brasil dentro de América Latina, pese a la soberbia ufana con que algunas instituciones insisten en derivar a Brasil al orden imperial y colocarlo junto a Portugal mediante el discutible argumento de la comunidad lingüística. Baste el afanoso proyecto del MERCOSUR como antecedente auspicioso –aunque inicialmente limitado y actualmente casi liquidado–, sumado al perverso efecto de la economía global sobre el Cono Sur, que hace temblar a Brasil para repercutir con cimbronazo de terremoto sobre todos sus vecinos, como demostración de la pertenencia del país al orden latinoamericano.) La resonancia inicial, paleográfica, que registra la idea humboldtiana de que el Planalto brasileño es una antigua meseta marítima de la cual se retiraron las aguas hace millones de años, impregna con su vehemencia determinista todo el texto. No podría atribuirse a la geografía semejante incidencia sobre los comportamientos de los sujetos si la historia natural no hubiera sido repuesta con precisión de topógrafo desde la referencia inicial.

Un segundo ejemplo, un siglo más tarde, contribuye a otorgar dimensión significativa a la nómina que desplegué. *Historia secreta de Costaguana* (2007), la novela del colombiano Juan Gabriel Vásquez sobre la secesión forzada de Panamá, el negociado escandaloso de los franceses por el Canal y la ignominiosa intervención norteamericana para alzarse con la concesión por noventa y nueve años, se perfila como diálogo permanente con *Nostromo* de Conrad. El oprobio de los intelectuales idealistas y progresistas en el marco de repúblicas anárquicas anota una diferencia clave frente al desdén generalizado que el marino polaco devenido escritor inglés dilapida sobre la América que aún reza a Jesucristo y aún habla en español. La centralidad canónica de Conrad en la literatura europea queda relativizada al optar por una obra lateral dentro de su producción, pero que se vuelve central a los fines de recomponer la historia colombiana desde la ficción.

Arribo al segundo modo comparatista, que apela a cuestiones genéricas, para no echar por la borda todos los principios de la teoría literaria clásica en forma simultánea. Cabe revisar

aquí, entonces, casos como el del relato policial –que trueca su función desde el modelo “negro” en que el detective es un cazador solitario hasta el ajuste latinoamericano en que el investigador se entrega a resolver asuntos de la comunidad y se muestra más avezado en el respeto a las particularidades sociales que a lanzarse en persecución de infractores. El paralelo entre *El balcón maltés* de Dashiell Hammet y *Agosto* de Rubem Fonseca muestra el tratamiento diferencial que se le depara a la trama de engaño y corrupción que rige sociedades en descomposición. Pero la historia norteamericana de los años 20, durante el imperio de la Ley Seca, y la reconstrucción de un Río de Janeiro delincuenciales en el que el crimen de Estado es la culminación de una serie ilegal se diferencia por las hipótesis que proveen respecto del poder y sus alcances.

Algo similar ocurre con el teatro del absurdo. La tesis de Martin Esslin insistió en identificarlo como un producto de la posguerra europea, consecuencia de la pérdida de la fe y del derrumbe de la lógica occidental que fue incapaz de frenar la autodestrucción. Sin embargo, ciertos ejercicios dramáticos de Virgilio Piñera en Cuba (desde la versión desenfadada del mito clásico que ofrece *Electra Garrigó* en 1941) son anteriores a las propuestas de Eugène Ionesco y superan en el manejo de la luz y el despliegue de la circularidad lúdica la revisión norteamericana del fenómeno europeo que se verificaba, por ejemplo, en Edward Albee. La precedencia y la nota vanguardista exacerbada otorgan primacía al ejercicio latinoamericano sobre el metropolitano y obligan a revisar las teorías que presentan al fenómeno como dependiente de un contexto que no es el de su aparición genuina sino el de su repercusión más evidente.

Tales datos exigen erradicar de la historia de la literatura los criterios estrechamente cronológicos para incorporar otros modos organizativos. Y, presumiblemente, reclaman una historia comparada de las literaturas americanas, descreyendo de las cerrazones nacionales. Es entonces cuando se perfila un tercer modo comparatista intraamericano, el que atañe a los fenómenos propiamente continentales. Los ejemplos obligados para su práctica los proveen el barroco del siglo XVII –recuperado y refuncionalizado en el neobarroco del siglo XX– y el modernismo. Me atrevo aquí a trazar la equivalencia por la cual, así como la transculturación puede proponerse como el inconsciente cultural de Latinoamérica, corresponde situar al modernismo en tanto inconsciente poético de ese recorte entrañable.

Aunque el punto que enfoco en esta presentación compete a historizar fenómenos literarios, no puedo evitar anticiparme a una cuarta variante del comparatismo, que no es patrimonio latinoamericano pero sigue reclamando una teorización local: es la que propone

comparar textos literarios con imágenes, sean obras pictóricas, arquitectónicas o cinematográficas. Es entonces cuando cobran relevancia los afanes fundacionales que alientan en *Las corrientes literarias en la América Hispánica* de Pedro Henríquez Ureña, que ofrecieron en un único episodio una triple postulación: la del barroco como creación americana, la de la imagen como condensación histórica –puro anacronismo, en los términos en que Georges Didi-Huberman la coloca a partir de la instantaneidad refulgente de Walter Benjamin– y la de América como pauta para la cronología europea. Me refiero a la observación, que parece casual y en verdad contiene un *aleph* teórico nuestroamericano, según la cual cuando Rubens copia el cuadro de Tiziano de Adán y Eva en el paraíso, al agregar un guacamayo –un ave, se encarga de resaltar, de las selvas americanas– confirma el paso del manierismo al barroco. Si no hay categoría histórica europea que no quede afectada por la presencia de América, la pretensión de un comparatismo exclusivamente europeo se desbarata por su propia nulidad, sin requerir esfuerzo argumentativo alguno para desestabilizarla.

En el laborioso emprendimiento de un comparatismo intraamericano reservo el ahínco para un ejemplo puntual, que además de representar una tentativa de superación de nacionalismos cerrados y rivalidades superfluas habilita, a su vez, un quinto modo de comparatismo deseable: el que vincula diversas formulaciones discursivas para convertir al comparatismo contrastivo en alternativa eficaz. Semejante ejercicio está centrado en la asociación voluntaria de las comarcas revalorizadas por Rama, antes que en el remanido contrato social que justifica a los estados. No obstante, abusando de la definición comarcana como un espacio reducido en el que se establece cierta homogeneidad, prefiero extenderlo a un territorio amplio en el cual las semejanzas son una construcción y las notorias diferencias apuntalan una empresa cuyo valor radica en el empeño provocativo antes que en el logro unificador.

La divisa de tal comparatismo arraiga menos en vacilaciones teóricas que en una ficción escandalosa: la de “El impostor inverosímil Tom Castro”. La historia es conocida y consta en *Historia universal de la infamia*: una dama irlandesa, desesperada por el naufragio fatal de su hijo, está dispuesta a reconocerlo a toda costa, incapaz de admitir su muerte. Una mente inescrupulosa organiza el fraude del reemplazo pero, consciente de que cualquier forzosa semejanza solo filtraría las inevitables diferencias, prefiere mostrar una figura completamente opuesta a la perdida, haciendo mutar al refinado y esbelto *gentleman* septentrional educado en colegios exclusivos en un palurdo chileno achaparrado, que apenas si habla su lengua materna con

tropiezos. Lady Tichborne no se detiene en las que estima nimiedades de la identificación, las cuales resultan a su vez aplastadas por la explicación imbatible del urdidor del engaño: catorce años de hemisferio austral pueden arrasar con distinciones de cuna, dominio lingüístico y maneras caballerescas. Dejo en este punto la propuesta: los efectos del hemisferio austral pueden ser causa de mutaciones extremas pero también de reconocimientos vehementes. En estos prolegómenos que estimo auspiciosos quiero radicar el comparatismo latinoamericano.

Referencias bibliográficas

- Benjamin, Walter, 2009, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, Buenos Aires, Prohistoria (traducción y presentación de Bolívar Echeverría).
- Borges, Jorge Luis, 1981, *Historia universal de la infamia*, Buenos Aires, Emecé.
- Carvalho, Tânia Franco, 1996, *Literatura comparada*, Buenos Aires, Corregidor.
- Coutinho, Eduardo, 2014, *Rompendo barreiras. Ensaios de literatura brasileira e hispano-americana*, Rio de Janeiro, 7Letras.
- Didi-Huberman, Georges, 2015, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- Esslin, Martin, 2004, *The theatre of the Absurd*, London, Vintage.
- Guillén, Claudio, 2005, *Entre lo uno y lo diverso*, Barcelona, Tusquets.
- Morales, Javier, 2010, *La trama teórica*, Lima, San Marcos.
- Nitrini, Sandra, 1997, *Literatura comparada: história, teoria e crítica*, São Paulo, EDUSP.
- Ortega, Julio (2010). *El sujeto dialógico. Negociaciones de la modernidad conflictiva*. México, Fondo de Cultura Económica-Instituto Tecnológico de Monterrey.
- Pizarro, Ana (comp.), 1985, *La literatura comparada como proceso*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Rama, Ángel, 1981, “La Biblioteca Ayacucho como instrumento de integración cultural latinoamericana”, *Latinoamérica: Anuario de Estudios Latinoamericanos* 14, UNAM, pp. 325-339.
- _____, 2007, *Transculturación narrativa en América Latina*, Buenos Aires, El Andariego.